

MATERIA	Filosofía
DOCENTE	Testa Angélica
CURSO	6º A
Bibliografía	Ruiz P. Trujillo (2015). <u>Aristóteles, De la potencia al acto</u> (pp. 98 — 107) Barcelona: Emse

Una Política muy ética, y una Ética muy política

Para su investigación, Aristóteles parte de algunas concepciones característicamente griegas. Para empezar, si bien la expresión «el hombre es un animal político» (zoon politikon, en griego, lo cual a menudo también se traduce como «el hombre es un animal social») aparece en la Política de Aristóteles, la idea de que el hombre tiene una dimensión social básica era compartida por los filósofos griegos en general, incluido Platón. Esta afirmación implica que el hombre tiene la necesidad esencial de vivir en comunidad. No puede ser de otra manera, porque esta fortuna. o condena, está en su condición humana, y fuera de la comunidad o Estado el individuo no podría desarrollar una vida plenamente humana, de modo que solo podría ser una bestia o un dios. (En este punto es necesario recordar al lector que cuando Aristóteles habla de Estado se está refiriendo a las pequeñas ciudades estado griegas, las polis, organismos de escala humana. y no al Estado tal como lo entendemos en la actualidad, ese enorme monstruo gobernado por los mercados bursátiles y otras entidades abstractas.)

El Estado se concibe. pues. como un organismo, es decir, como una entidad formada por órganos que realizan funciones específicas. De esta concepción se desprende que es el organismo el que da sentido a los órganos, y no a la inversa. Si la razón de ser de unas manos o de un corazón es, de forma análoga. su pertenencia al cuerpo. la pertenencia a la comunidad es lo que da sentido a los hombres. Aristóteles considera superior el Estado, por encima de los ciudadanos, de ahí que el bien de este sea a su vez más importante y noble que el bien particular de cada individuo. Según Aristóteles, cada hombre es como una rama del gran árbol que es la polis y, por analogía, la ética individual, de cada hombre particular, será una rama más del gran árbol de la ética de la comunidad.

Así pues, la ciencia práctica suprema será la política, como área del conocimiento que tiene por objeto el bien de la polis. La ética, en cambio, se ocupará del bien del hombre como individuo, sin perder de vista su condición de ser social. Es decir, para Aristóteles hay (o debería haber) mucha ética en la política y mucha política en la ética. Estos ámbitos no son compartimentos estancos, sino vasos comunicantes.

Otro de los conceptos idiosincrásicos de la tradición griega que trata Aristóteles es la existencia del alma. Aunque no todos los filósofos de la antigua Grecia comparten la misma visión del alma, sí hay algunos aspectos coincidentes, sobre todo la creencia en un alma (principio vital) que anima a los seres vivos (de ahí que sean seres animados), y la concepción de una clase superior de alma presente en los humanos, considerada

como un principio de racionalidad. Así mismo, el hecho de concebir el alma como algún tipo de asociación o conglomerado de tres partes parece ser un lugar común entre los pensadores griegos. Un alma tripartita está presente, sin ir más lejos, en la doctrina de Platón, cuando habla de las partes concupiscible, irascible y racional del alma humana, responsables, respectivamente, de las necesidades y los deseos del cuerpo, de los afectos y las pasiones, y del conocimiento de las ideas o Formas y la voluntad racional. Platón llega a plantear una analogía alma-Estado, y establece una argumentada correspondencia entre las partes del alma y las clases sociales. Aristóteles, por su parte, desestima la teoría platónica del alma y aborda esta cuestión desde su concepción de esencia diferenciadora entre las sustancias vivientes y las inertes.

La teoría aristotélica de la sustancia lleva a concebir al ser humano como un compuesto indisoluble de materia y forma: el alma está siempre vinculada a un cuerpo viviente, es inseparable de él. Si para Platón las almas son eternas (existen antes y después de estar asociadas a un cuerpo vivo), para Aristóteles, en cambio, el alma solo tiene sentido si está unida a un cuerpo, por lo que cuando éste muere, también desaparece el alma que tiene asociada. Además, Aristóteles concibe tres tipos distintos de alma en función de las capacidades que otorgan al ser vivo. De esta manera, las plantas poseen un alma que las capacita para las funciones vitales más básicas, es decir: nutrición, crecimiento y reproducción; los animales, un alma sensitiva, que además de contener las funciones del alma vegetativa, los dota de la capacidad para percibir, sentir, desear y desplazarse; y, finalmente, los hombres tienen un alma intelectual o racional, que además de habilitarlos para todas las funciones anteriores, les ofrece la posibilidad de razonar, deliberar, tomar decisiones racionales y, en definitiva, tener actividad intelectual.

La razón de que el hombre sea un animal social, más que cualquier abeja y que cualquier otro animal gregario, es clara. Todo en la naturaleza tiene su objetivo. Solo el hombre, entre los animales, posee el don de la palabra.

La voz sirve para indicar el dolor y el placer; por eso la tienen también otros animales que por su naturaleza han llegado a percibir sensaciones de dolor y de placer y a poder comunicarse esas sensaciones unos a otros. En cambio, la palabra existe para manifestar lo conveniente y lo dañino, así como lo justo y lo injusto. Y esto es lo propio de los humanos frente a los demás animales: poseer, de modo exclusivo, el sentido de lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, y todas las apreciaciones similares. La participación comunitaria en esas apreciaciones es la base de la familia y del Estado.

Esta concepción, en esencia, convierte a los hombres en seres diferentes y, de hecho, superiores al resto de los seres vivos. La actividad racional se postula, por tanto, como actividad superior en la esfera de las sustancias sensibles corruptibles, en la que se encuentran los seres humanos. Eso es lo que les (nos) hace ocupar el escalafón superior en la escala de perfección ontológica de estas sustancias corruptibles. Y es lo que les (nos) hace merecedores de una especial atención por parte de Aristóteles.

Por eso dedicará parte de su investigación a esas sustancias tan especiales que son los hombres. Y dentro de esa investigación sobre el hombre y su organización en

comunidades, la parte que corresponde a la ética ha marcado la historia del pensamiento posterior. Todas las éticas que se basan en cultivar los buenos hábitos, las que hablan de virtudes, las que se refieren a la vida como algo encaminado a un fin, las que privilegian la moderación del término medio frente a los extremos, así como buena parte de las éticas profesionales (que ponen énfasis en la función, la finalidad y la forma de llevar a cabo una profesión) están en deuda con el pensamiento aristotélico. De las tres obras éticas que se le atribuyen, *Ética a Eudemo*, *Magna moralia* y *Ética a Nicómaco*, aún hoy se discute la autoría de las dos primeras. Pocas dudas hay de que sea el autor de la tercera. En todo caso, la *Ética a Nicómaco* es, de las tres, la obra más madura y la que ha predominado como fuente para analizar la moral aristotélica.

Todo tiene un fin

Cualquier investigación precisa de un punto de partida, una base sobre la que empezar a construir una teoría. Y en el caso de Aristóteles el punto de partida para llegar a conocer qué es el bien para el hombre es la teleología. En su famoso planteamiento teleológico, del que ya hemos hablado con relación a la metafísica, los humanos no realizan ninguna acción ni toman ninguna decisión sin que estas tengan una finalidad (lo cual no implica, sin embargo, que sean siempre conscientes de ello). Aristóteles identifica esta finalidad con el bien que persigue toda actividad, acción o elección, como defiende ya desde la primera frase de la *Ética a Nicómaco*.

Todo arte y toda investigación e, igualmente, toda acción y libre elección parecen tender a algún bien; por esto se ha afirmado, con razón, que el bien es aquello hacia lo que todas las cosas tienden.

Intentar explicar en qué consiste ese bien y cómo se consigue se va a convertir en el objetivo de la ética del filósofo. Y para alcanzarlo se mantendrá fiel a su método de investigación, que consiste en observar el mundo y obtener conclusiones racionales a partir de los datos empíricos obtenidos de la experiencia. En este caso, se entrará en la observación de los hombres: prestará atención a sus conductas y escuchará qué tienen que decir todos ellos sobre lo que está bien y lo que no lo está. Eso sí, advierte de antemano que no podrá responder a la pregunta sobre qué es el bien igual que respondería a un problema matemático, puesto que las acciones humanas no pueden valorarse con la misma exactitud. Cada ámbito de investigación requiere una metodología específica y admite unas aspiraciones distintas.

La felicidad, el fin último

Una vez establecido el planteamiento teleológico como punto de partida, y después de concretar su objetivo (determinar qué es lo bueno -lo mejor— para el hombre), Aristóteles se pone manos a la obra. De entrada, percibe que no existe un solo tipo de bien, sino que existen bienes de diferentes clases, que se corresponden con las diferentes artes o ciencias.

Por ejemplo, podríamos decir que el arte de la enseñanza procura conseguir la educación de los otros, y el arte de la conducción, un viaje seguro. Así, toda acción tendrá como objetivo una finalidad o bien concreto, que es el bien que queremos alcanzar al realizar la acción.

Sin embargo, esta finalidad puede que no sea un fin en sí misma. sino solamente un medio para obtener otro objetivo. Es decir, hay bienes que se desean por ellos mismos. como fin último, y bienes que se persiguen solo porque sirven para obtener otros bienes. Por ejemplo, alguien puede aceptar un puesto de trabajo que no le gusta. no por el puesto en sí. sino para ganar dinero. A su vez, el dinero que obtiene de su trabajo tampoco es un fin en sí mismo, pues desea conseguirlo para adquirir otros bienes (al menos esto sería lo normal, aunque también existe gente que acumula dinero porque sí); el dinero no es sino un medio para alcanzar otros fines.

Vayamos más allá. Supongamos que alguien desea el dinero para comprarse una casa o un coche. Pues bien, la casa y el coche tampoco son fines en sí mismos, ya que la gente los quiere para poder vivir resguardados bajo un techo y para desplazarse, respectivamente. Y la gente quiere resguardarse bajo un techo y quiere trasladarse rápidamente para... Y así tenemos una sucesión de fines y medios. Pero esta sucesión no puede extenderse hasta el infinito, entre otras cosas porque entonces el concepto mismo de fin no tendría sentido. ¿Cuál es el fin último?

Aristóteles afirma que el bien final hacia el que convergen todas las acciones de los hombres, la finalidad última, es el bien supremo. Pero eso es solo una etiqueta. una denominación sin contenido claro: ¿en qué consiste concretamente el bien supremo? Aquí Aristóteles acepta lo que parece ser la opinión general: ese bien supremo.

Es la eudaimonia, que se traduce con frecuencia como «felicidad», aunque en un sentido diferente al que se le suele dar actualmente al término. No se trata de cualquier felicidad, sino de una «plenitud», una felicidad auténtica que es el éxito o un valor supremo en su vida. Así, lo que espera al final de todas esas sucesiones de fines, por largas que sean, es la búsqueda de esa felicidad. Lo que persigue todo el mundo, por muchas vueltas que le dé, es esa vida de plenitud, ese crecimiento como seres humanos. Como vemos, la eudaimonia no es exactamente la felicidad tal como la entendemos hoy (un campeón mundial de ajedrez puede considerarse feliz en su vida. pero no haber alcanzado eudaimonia), aunque sí guarda con ella una relación indirecta.

Hasta aquí Aristóteles ha presentado dos afirmaciones decisivas: en primer lugar, que nuestras acciones no responden al azar, sino que tienen una finalidad; y en segundo lugar, que la felicidad, sea lo que sea, es esa finalidad que persiguen nuestras acciones. Así que podemos inferir una tercera idea básica: esa felicidad o vida plena depende en cierto modo de nosotros, de nuestra conducta. y no de algo o alguien externo.

En este punto comienza lo peliagudo, con una de aquellas preguntas que uno se hace cuando empieza a adentrarse en el mundo de la filosofía: ¿cómo se alcanza la felicidad?

De momento podemos coincidir con nuestro filósofo en que la felicidad es «el bien supremo entre todos los que pueden realizarse». De hecho, «tanto el vulgo como los cultos piensan que vivir bien y obrar bien es lo mismo que ser feliz». El problema es que «el vulgo y los cultos» no responden lo mismo si se les pregunta en qué consiste la felicidad. De hecho, incluso una misma persona puede dar respuestas distintas en diferentes momentos de su vida. ¿Cómo va a salvar Aristóteles este escollo? Pues de nuevo con la explicación teleológica.

Como ya hemos dicho, la postura teleológica presupone que las cosas tienen una finalidad, que, como hemos visto anteriormente, se puede relacionar con algo así como la función más propia de la cosa. Por ejemplo: la finalidad de un abrelatas es abrir latas; esa es su función. Así, el bien asociado al abrelatas es abrir latas. Y por eso, si un abrelatas efectivamente abre latas, diremos que es un buen abrelatas, y si no abre latas (o las abre mal) diremos que es un mal abrelatas. Si un abrelatas tuviera alma y pudiera ser feliz, lo sería abriendo latas, porque esa es su función, eso es lo que se supone que da sentido a su existencia. En la saga de animación Toy Story, los juguetes del niño Andy cobran vida cuando ningún humano los mira. Las tres películas de la saga cuentan las peripecias de esos juguetes, pero detrás de todo lo que hacen siempre late la misma idea: a fin de cuentas, lo que más desean Buzz, Woody y el resto de los juguetes es que su dueño, Andy, disfrute jugando con ellos. Esa es su función, esa y no otra es la finalidad que constituye la esencia de un juguete y que da sentido a su existencia. Al igual que hablábamos del abrelatas, si un juguete tuviera alma y pudiera ser feliz, como lo pueden ser los juguetes animados en la ficción de Toy Story, lo sería al posibilitar los juegos de alguien. Podemos repetir el ejemplo para el objeto que queramos, el esquema es siempre el mismo: si el objeto X realiza correctamente su función, es decir, si cumple con su finalidad, entonces ese X es un buen X: ya sea un pelapatatas, un bolígrafo o un libro. Así pues, ya tenemos un método para saber si un objeto es «bueno» o no lo es.

El siguiente paso es aplicar ese método al «objeto» que nos interesa; en este caso, al hombre. ¿Cómo podemos saber qué es «el bien para el hombre»? Pues está claro: en primer lugar, cabe averiguar cuál es la finalidad del hombre. De esta manera sabremos qué es lo que tiene que hacer un hombre para alcanzar el bien, lo cual viene a significar lo mismo que «ser feliz».